



Eduardo Mendoza

(Barcelona, España, 11-01-1943)



Licenciado en Derecho en 1966 Eduardo Mendoza Garriga trabajó como asesor jurídico en su juventud.

Durante 1973 sale de España para ejercer como traductor para las Naciones Unidas.

En 1975 publicó su primera obra narrativa “La verdad sobre el Caso Savolta”, considerada la primera novela crítica de la transición y destacada con el Premio de la Crítica. Posteriormente, publica “El misterio de la cripta embrujada” donde se hace palpable su tono parodista y su ácido sentido del humor; después vendrá “Sin noticias de Gurb” en el diario El País.

Durante los años 1995 y 1999 trabaja como profesor en la Facultad de Traducción e Interpretación de la Universidad de Pompeu Fabra. También ha trabajado como colaborador en el diario El País. Tanto “La ciudad de los prodigios” como “El año del diluvio” han sido llevadas al cine.

En las siguientes novelas “La verdad sobre el Caso Savolta”, “El laberinto de las aceitunas” y “La aventura del tocador de señoras” consigue crear un personaje lo bastante característico como para ser adicto a la «Pepsi» y ser interno de un manicomio, convirtiéndolo en el hilo conductor de las tres.

En el 2010, el escritor catalán es galardonado con el Premio Planeta por su obra “Riña de gatos”.

Su última publicación es “El enredo de la bolsa y la vida” (2012).

Mendoza parodia el género policiaco en 'La aventura del tocador de señoras'

Por Rosa Mora (El País, 2001)

Admite Eduardo Mendoza que La aventura del tocador de señoras será tomada como una gamberrada -'elegante, eso sí'- o como un divertimento. 'Si no quieres que te digan que es un divertimento tienes que decirlo tú antes. Puede ser considerada como una lectura de puente aéreo o de intercambio a Valencia, pero para mí mismo no es exactamente una gamberrada. Siempre me salen este tipo de historias en un mismo momento ciclotímico: cuando no sé por dónde ir. Me pasó después de escribir La verdad sobre el caso Savolta (1975), no sabía por dónde tirar y salió El misterio de la cripta...'

Tras Una comedia ligera (1996), Mendoza dijo que para él la novela de sofá, la novela convencional, se había acabado. Ha dicho en diversas ocasiones que es necesario buscar nuevas fórmulas, y mientras busca esas salidas, se ha repetido con La aventura del tocador de señoras el momento ciclotímico. 'No sé si la novela se ha muerto o el que se ha muerto soy yo. Lo que hago en estos casos es salirme por la tangente. Creo que es algo bastante común, hay escritores a los que les ha pasado lo mismo, y lo que ha hecho alguno, por ejemplo, es escribir una novela erótica para La Sonrisa Vertical'.

Sea como fuere, se ha divertido mucho escribiéndola y los lectores se divertirán también. Lo primero que engancha es el lenguaje: una mezcla total del idioma culto con el más popular, del argot y de las nuevas jergas tecnológicas y económicas, del castellano y del catalán, castellanizándolo hasta convertirlo en un idioma macarrónico cuando le conviene.



Tertulias Literarias

No hay problema alguno de comprensión. Se entiende perfectamente todo en su contexto. 'Es un híbrido total', en el sentido positivo. Y pone como ejemplo Rabos de lagartija, la última novela de Juan Marsé. 'Se olvida que he sido intérprete simultáneo de la ONU. Aprendí a repetir lenguajes que son como islas: el de los políticos, el de los economistas, el de las honras fúnebres... Soy muy consciente de las tribus lingüísticas y me divierte enormemente mezclarlas, las agito y ahí está el resultado. Lo que más me gusta de la novela es que refleja mi álter ego lingüístico'. La contaminación entre los idiomas es inevitable y el escritor opina que 'viven un equilibrio precario'. 'Un idioma es algo poco natural, que se aguanta por milagro. Le pegas una patada y se puede desarmar'.

Una bella mujer convence en esta novela al antihéroe sin nombre para que robe unos documentos comprometedores para un empresario. Cuando va a por los papeles se encuentra con el hombre fiambre y sospecha que le han implicado para que cargue con el mochuelo. A partir de ahí se desencadenan los episodios más descabellados, con situaciones y personajes que son auténticas parodias. Pardalot, el empresario; Arderiu y Reinona, unos señores de Barcelona; Magnolio, un inmigrante ugandés; Purines, que se gana la vida atizando a sus clientes; Miscosillas, el abogado; el alcalde... De la ternura a la crueldad, siempre en clave de humor. Magnolio es un tipo entrañable. 'Ser socio de esa peluquería horrorosa es la máxima ilusión del negro. Como los que llegan en pateras, está dispuesto a todo, a jugarse la vida, aunque sea para desembozar cloacas'. El alcalde, por lo contrario, es corrupto, falso, tontorrón, la caricatura de un político de la peor especie. 'No hemos cambiado de nada, sólo de partidos'.



Dos episodios arrancan especialmente las carcajadas del lector. Uno es una especie de secuencia al estilo del camarote de los hermanos Marx a cámara lenta, en la que los personajes se van escondiendo en el pequeñísimo piso del protagonista, y el otro es el tiroteo final. 'Me divertí mucho escribiéndolo. Como en el teatro, me los imagino en escena'.

Las locuras del antihéroe siguen un orden. 'Si los disparates no los metes en algún molde mínimo sería un disparate total'. Incluso la explicación que da o intenta dar al final el protagonista parece la de Poirot cuando resuelve un caso. 'Pero no es policíaca en ese sentido; si lo fuera, sería para fusilarme. En mi novela están todas las transgresiones a la ortodoxia del género. Si no siguiera un modelo, no sé si podría sostener a puro pulso estos disparates. Aunque debería hacerlo, debería abandonar los modelos del siglo XVIII. ¿Cómo podría plantear la enorme libertad que me permiten estas historias sin encajarlas de acuerdo a un canon?'.

'Soy masoquista, ¿verdad?'.

La aventura del tocador de señoras

Reseña por Santos Sanz Villanueva (El Cultural, 2001)

Ofrece Eduardo Mendoza un caso llamativo de curiosa paradoja: quien es uno de los narradores españoles actuales mejor dotados para la revelación del mundo por procedimientos imaginarios, no deja periódicamente de dar la tabarra (lo digo en broma, claro) con el oráculo del fin de la novela. Su propia obra desmiente ese presunto riesgo, pero, a la vez, él rinde tributo a tan arriesgada e improbable teoría escribiendo unas ficciones terminales que antes que nada se conciben como burla de este viejísimo género, o, al menos, de alguna de sus modalidades. En concreto, semejante descreimiento del futuro de la novela lo materializa, en una parte de sus obras, mediante una múltiple burla del conjunto de códigos de la narrativa criminal, negra, policíaca, o como quiera llamarse esa forma basada en una intriga tras la cual se descubre al responsable de un asesinato.



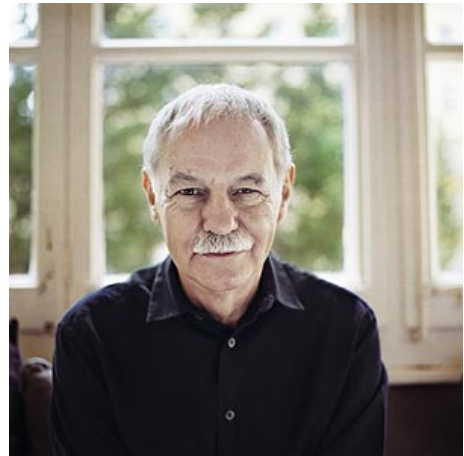
Tertulias Literarias

Se trata de un signo de la modernidad, que Mendoza cultiva con una brillantez incomparable. Ningún reproche cabe hacerle a ese derecho suyo a seguir tal inclinación, aunque a mí me haya parecido de antiguo una coartada - inteligente, por lo demás- para no arriesgarse a fondo en la construcción de un sentido más radical y explícito de la realidad, y de los inquietantes problemas del presente, y para rehuir una concreta intervención en ella. La sutil ironía de innumerables páginas suyas viene a ser una forma elegante de no revolver mucho la porquería, una señal de buena educación que dice lo que quiere, pero poniendo una aduana que no permita ninguna clase de desbordamiento.

En eso sigue al recuperar su antiguo mundo enloquecido (el de El misterio de la cripta embrujada o El laberinto de las aceitunas) en La aventura del tocador de señoras, aunque con un cambio importante en su actitud. La farsa crítica pero suave de aquellos dos primitivos títulos de Mendoza alcanza ahora unos acentos más comprometidos; y su parcial desentendimiento en ellos de los rasgos de la conflictividad cotidiana se sustituye aquí por detalles de un mundo corrupto o, al menos, hostil bastante abundantes (datos referidos a los negocios, la política, la cultura, el nacionalismo...)

Salvo por este giro, muy notable, la nueva fábula de Mendoza remite a las otras mencionadas por todos sus flancos: protagonismo, técnica y lenguaje. Los numerosos lectores de aquéllas hallarán al mismo narrador, ese loco innominado en libertad provisional que en esta ocasión regenta una decrepita peluquería; también al inspector Flores, ya jubilado por la fuerza y a traición, o al psiquiatra Sugrañes. Y disfrutarán con ellos como quien reencuentra a viejos, entrañables y despendolados conocidos. A estos personajes se añade una amplia nómina marcada por la originalidad, el interés, el disparate y la sorpresa permanente.

La técnica consiste en llevar con mano sabia la parodia del relato detectivesco hasta los límites del absurdo o el esperpento, más cerca de Mihura que de Valle, pero siempre dentro de la peculiar verosimilitud de lo literario. Mendoza muestra una destreza constructiva impecable: monta la historia, descabellada, con la precisión de un mecanismo complejo; la mueve con absoluta impunidad sin que se resienta en ningún momento, y se apoya en variados recursos -ostensibles, por otra parte-, que encadenan apelaciones al lector, mini resúmenes de la peripecia o cortes abruptos herederos del folletín más popular.



El calco burlesco de situaciones literarias bien conocidas tiene efectos inmejorables, así, el último trecho de la obra, con la reunión de los sospechosos a la manera de los desenlaces de Agatha Christie, lleno de revelaciones que rizan el rizo de la sorpresa.

Todo eso Mendoza lo hace casi con alegre desfachatez, como quien, dotado del innato arte de narrar, se lo pasa muy bien contando tantos disparates y seguro de que el destinatario también lo celebra leyéndolos. Creo que esta sintonía en el despropósito entre autor y lector constituye una meta capital de Mendoza, y su cumplimiento uno de sus aciertos básicos. Pero si el autor está dotado de esa gracia que no se aprende, también es verdad que la trabaja. El juego de recursos desplegados es largo. En el ámbito de las ideas, surca las inmensas aguas de la ironía a bordo lo mismo de sutiles alusiones que de hipérboles atrevidas; de paradojas brillantes que de sarcasmos ingeniosos. Y en el terreno del idioma, alcanza cimas de virtuosismo expresivo al utilizar con deliberada impropiedad distintos niveles de lenguaje.

Así tenemos un Mendoza divertidísimo, amén de crítico en la medida en que su radical escepticismo le permite



abogar por una reforma colectiva. Con la misma materia, podría resultar vitriólico. Sin embargo, prefiere la sátira basada en una pugnaz observación costumbrista. No inocente, por supuesto. Quizás la clave de la novela esté en la lúcida advertencia del narrador según la cual él no pertenece a ningún estrato social, ni a los ricos, ni a los indigentes, ni a los proletarios, ni a la “quejumbrosa” clase media. Forma parte de la “purria”, gente firme en su falta de convicciones, que labora por el estancamiento de la sociedad, experta en el arte de la rutina y de la chapuza, y que sólo aspira a que la dejen en paz. El cinismo de ésta y de otras muchas anotaciones tiene fuerza revulsiva, pero no se plantea al servicio de un ideario de acción. El retrato contemporáneo de una realidad antiheroica más bien propone un desencanto nihilista. Eso sí: disuelto en el excipiente de una historia inteligente y amena de cabo a rabo.

Una de Eduardo Mendoza para reírnos de la crisis (sobre su última novela “El enredo de la bolsa y la vida”, 2012)

A grandes crisis, enormes carcajadas. Eduardo Mendoza ha vuelto para reírse de la economía y del paro con una novela que ha reventado las listas de ventas.

La capacidad de este escritor para encontrar el lado ridículo de las cosas y cebarse con él le ha convertido en uno de los escritores más leídos en español. Atravesamos tiempos ricos en dificultades: ni Europa ni los mercados tienen capacidad para invertir la deriva a la baja, parece que solo la risa nos salvará a los pobres españoles, y es precisamente en la desgracia cotidiana donde el humor puede dar la vuelta a las cosas. Sin embargo, Mendoza afirma que el humor no lo es todo. Que no basta con reírse de todo, sino que el buen humor tiene que hacer pensar. Así nace la picaresca: parece que el autor sea un descerebrado, pero tiende una trampa a quien lee.

El enredo de la bolsa y la vida es la nueva novela de Eduardo Mendoza, la más vendida el día del Libro. De entrada, el título remite tanto al clásico tirón de bolso callejero como al monumental tirón que ha dado la economía abstracta de las finanzas a la riqueza de los países que confiaban en la estabilidad. Dice Mendoza: “La idea me vino cuando pasaba por una callecita en Barcelona. Había un local con dos letreros. El primero decía: ‘Centro de Yoga Jardín de la Perfecta Felicidad’; el segundo: ‘Se traspasa’”. Habla ahora Rómulo el Guapo, uno de los personajes del libro: “Bah, hoy en día robar un banco es un juego de niños. En el mundo moderno el dinero contante y sonante es una reliquia. Los bancos solo tienen en sus arcas una cantidad mínima de dinero en efectivo”. Pero en esta novela la picaresca no es de ladrones, sino de detectives. Una caterva de detectives buenas personas, es decir, de malos detectives.



El enredo de la bolsa y la vida es la nueva novela de Eduardo Mendoza, la más vendida el día del Libro. De entrada, el título remite tanto al clásico tirón de bolso callejero como al monumental tirón que ha dado la economía abstracta de las finanzas a la riqueza de los países que confiaban en la estabilidad. Dice Mendoza: “La idea me vino cuando pasaba por una callecita en Barcelona. Había un local con dos letreros. El primero decía: ‘Centro de Yoga Jardín de la Perfecta Felicidad’; el segundo: ‘Se traspasa’”. Habla ahora Rómulo el Guapo, uno de los personajes del libro: “Bah, hoy en día robar un banco es un juego de niños. En el mundo moderno el dinero contante y sonante es una reliquia. Los bancos solo tienen en sus arcas una cantidad mínima de dinero en efectivo”. Pero en esta novela la picaresca no es de ladrones, sino de detectives. Una caterva de detectives buenas personas, es decir, de malos detectives.

La novela arranca en las consecuencias de esta economía intangible y matemática. El detective loco de otros libros del autor se las ve y se las desea para echarse algo al gaznate. Dueño de una peluquería de señoras en Barcelona, atraviesa un largo verano en que hasta el aire está parado, un verano como esta crisis, en el que ningún cliente entra en su peluquería. Enfrente, un bazar de amables chinos que le invitan a comer mientras el abuelo, el señor Siau, da pequeñas pinceladas de filosofía oriental pasada por Mendoza: “Entonces revolución, ahora vender baratijas”.

El texto acompaña al detective loco en una investigación absurda repleta de simpáticos personajes secundarios y un peligroso terrorista que pretende matar a Angela Merkel y cuyo nombre lo dice todo: Alí Aarón Pilila. Para Mendoza, el “buen rollo” es fundamental en la novela. Por eso no mata a ningún personaje y cada una de las situaciones de peligro está atravesada por una tensión más cercana a la risa que a la preocupación.



La primera vez que apareció este detective majara, España estaba en Transición. Ahora tenemos una democracia madura que a muchos pone cara de póquer y parece que otros mitos se han caído. El detective, sin embargo, ha aprendido más bien poco y sigue cometiendo los errores de los que ni la suerte puede sacarlo. En la España de hoy al personaje se le ve más perdido que nunca, más pazguato; y su léxico cervantino, relamido y correcto, contrasta con el de sus compinches y adversarios. Parece que hay en el personaje mucho del autor, según admite él mismo.

La parte loca de Mendoza.

Parece que el tipo que escribió Sin noticias de Gurb se aleja de las novelas serias como La ciudad de los prodigios, para muchos su mejor obra. Después de ganar el Planeta con Riña de gatos ha vuelto a enfundarse las medias de bufón. Admite que el detective loco, en la práctica alguien tan extraterrestre e inadaptado como su célebre alienígena Gurb, es trasunto suyo. Mendoza es un hombre tímido y educado al que estas dos características le hacen jugarretas en una sociedad de arribismo y picaresca generalizados.

Tiene 69 años y una carrera que ha ido casi siempre pareja en críticas y ventas. Eduardo Mendoza podría considerarse un maestro y darse el pisto, y sin embargo hace gala nada fingida de modestia y admite que la novela le daba verdadero miedo. Resulta que iba a escribir otra cosa, pero de pronto se coló el personaje y la escribió de un tirón. Le preocupa que se vean las costuras, que se adivinen las trampas y sus palabras sobre el libro parecen más las de un novato que las de un consagrado. Sin embargo, su análisis sobre el presente tiene peso: "Todos hemos vivido muy bien en esta época falsa. Ahora no hay crisis, sino normalidad. La crisis era lo de antes". Para Mendoza, España es un país pobre y cutre. No lo dice con desprecio sino con cariño, porque España es un pueblo de buscones para el negocio, de donjuanes para el amor y quijotes para las artes, y Mendoza escribe en sus libros a España desde las gafas de Barcelona como un retablo de marionetas, como un esperpento de Valle-Inclán.

Se le cortan los labios y no es del frío, sino de decir cosas afiladas.

Fontes:

http://elpais.com/diario/2001/02/20/cultura/982623601_850215.html

http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/2118/La_aventura_del_tocador_de_senoras/

<http://www.compensionlectora.es/libros/autores/item/92-eduardo-mendoza.html>

<http://www.tiempodehoy.com/cultura/una-de-eduardo-mendoza-para-reirnos-de-la-crisis>

Más información:

<http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/mendoza/home.htm> (Página Oficial de Eduardo Mendoza)

http://www.cervantes.es/bibliotecas_documentacion_espanol/creadores/mendoza_eduardo.htm (Biografía)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>